

PROFESOR ENRIQUE RIVERA DE VENTOSA

Cuadernos Salmantinos de Filosofía dedica el presente volumen (1984), con carácter de número especial, al profesor Enrique Rivera de Ventosa. Quiere ser homenaje a uno de los más asiduos colaboradores de la revista (anuario), miembro fundador de la misma e integrante de su consejo de redacción desde 1974, año en que aparece su primera tirada. La Universidad Pontificia de Salamanca se lo ofrece coincidiendo con la fecha de su jubilación, al cumplirse los treinta y un años de abnegada, fructífera y nada común entrega a la docencia en sus aulas. Se adhieren a ese ofrecimiento en particular sus colegas de la Facultad de Filosofía a cuyo claustro ha pertenecido.

Colaboran en el volumen, además de profesores de la Universidad, otras firmas de fuera, aunque todas ellas vinculadas de algún modo con el centro universitario salmantino o con la publicación de Cuadernos. Sobre el valor científico de los trabajos dejamos que juzgue el lector. Lo que si deseamos decir es que todos ellos —y quizá como no suceda demasiadas veces— han sido redactados desde la cordialidad y desde la espontánea adhesión. La dirección de la obra agradece su apoyo a cuantos han contribuido a que sea una realidad.

Hubiéramos deseado un índice temático más homogéneo. Pero es conocida la dificultad de aunar criterios y contenidos en la confección de misceláneas como la presente. Sin embargo, todos los títulos tienen algo que ver con uno u otro de los campos de estudio por los que el profesor Rivera de Ventosa se sintió atraído y a los que preferentemente ha dedicado su magisterio. Esos campos son: Historia de la filosofía medieval, Filosofía de la historia, Historia del pensamiento hispánico. Esas tres áreas temáticas sirven de esquema para distribuir el contenido de la miscelánea.

No es este el momento de hacer el juicio de la obra de nuestro autor. Pero puede serlo para indicar, al menos de paso, la tendencia que la guía. El volumen de la misma puede apreciarse por el elenco bibliográfico que se encuentra a continuación y como artículo primero.

Catedrático de Historia de la filosofía antigua y medieval, el profesor Rivera de Ventosa extrae de esas fuentes muchos de los temas que entran a formar su curriculum de publicaciones. Bebe también ahí lo más hondo y permanente de la inspiración de su obra. Abierto a las corrientes actuales de pensamiento, no rompe con las raíces

clásicas. Sus convicciones mantienen una línea de continuidad claramente perceptible, aunque modulada siempre de nuevo. Estar en posesión de una cultura de amplitud envidiable le facilita esa renovación enriquecedora. La vía de apertura a esa renovación la ha referido reiteradamente al diálogo, que entiende no como expediente literario sino como principio metodológico.

Otra de las fuentes sobre las que orienta su labor investigadora es la de la tradición pensante hispánica. No son los menos importantes entre sus escritos los que derivan de esa preocupación. Creemos significativo también hacer notar cómo le ha interesado la temática referente a la filosofía de la historia.

Su labor profesional no se ha circunscrito a la docencia reglamentada. Ha enseñado en otros foros durante cerca de medio siglo, tiempo que cubren también sus publicaciones. Su presencia en los círculos de doctos en el campo de la filosofía durante ese período ha sido constante. Razonablemente asiduo de congresos, simposios y mesas de discusión, asiste a ese tipo de actividades por lo regular como «miembro activo», y sus intervenciones, también por lo regular, nunca faltaban. No hay quien pueda lisonjearse hoy de dominar la enciclopedia filosófica en sus múltiples corrientes y contracorrientes, por lo que nadie —ni tampoco él— podía presumir de llevar a dichos encuentros aportaciones siempre antológicas, pero creemos que las suyas nunca fueron insignificativas. El caudal de sus conocimientos, servidos por una buena memoria, le permitía (y permite) introducir en los debates consideraciones nuevas o nuevos ángulos de luz sobre las cuestiones tratadas. Dotado además de la virtud de la modestia, sus maneras no tienen el estilo ni de enfáticas ni de incisivas o hirientes. Y nadie con mejor talante deportivo para saber encajar cualquier réplica. Franciscano en su profesión religiosa, lo ha conseguido ser también en el ejercicio de su profesionalidad académica. En las «reservas» sui generis que son las aulas, los claustros, los consejos universitarios, los encuentros de intelectuales... para él nunca hubo alimañas, porque estaba dispuesto a departir amigablemente, como su padre fundador, hasta con el fiero «lobo», como si fuera su «hermano». Sus convicciones teóricas quedan anudadas en la base por el amor. Y ya hemos dicho que el diálogo ocupa un puesto privilegiado como principio metódico de su discurso. Hasta su última lección al jubilarse (aunque sólo de las funciones oficiales) quiso dedicarla a esos temas, sobre los que ha venido orientándose toda su labor.

Poco dado a alentar el «pluralismo ideológico», nadie más tolerante que él con las doctrinas no acordes con su leal saber y entender. Respecto a las no acordes con sus principios nunca tuvo el más mínimo reparo en decir «no». Su ideal de sabio es resume en el de «pensador cristiano». Por «cristiano», profesa una definida concepción del mundo. Por «pensador», una concreta manera de servirla, exponerla o razonarla. Le ha venido estrecha la forma de conceptualizar la realidad propia de la ciencia positiva. Sin merma del prestigio de esta última y sin restarle títulos de legitimidad, ha entendido su vocación de filósofo preocupado sobre todo por lo humano, por la solicitud de los valores

y el sentido. Todo ello muy coherente con la predilección que ha mostrado por el estudio de las filosofías de la historia; también por los filósofos que no han sentido inhibición en entregarse a la especulación metafísica; desde Platón, pasando por san Agustín o san Buenaventura, hasta Hegel, Heidegger o Zubiri.

Añadiremos que el profesor Rivera de Ventosa tiene muy claros los puntos clave de su ideario. Así es que suele exponerlos y defenderlos con intrépida convicción. Poco amigo de sectas o de partidos doctrinales reparte sus críticas por razones de principio, según la exigencia de aquel ideario. No teme censurar a los que parecen suyos, ni tampoco favorecer a los que parecen sus contrarios. Siente debilidad, v. gr., por el espíritu tolerante de Luis Vives, mientras expresa sus regaños contra aquellos claustrales salmantinos que en 1627 se juramentaron en pro de la cerrazón, aunque en ella se canonizara el magisterio de san Agustín o santo Tomás. Toda la sabiduría de Feijóo no le hace perdonar en él las evidentes ignorancias que le aquejaban respecto a la cultura anterior al siglo XVIII. Sabe apreciar los elementos renovadores que aporta en la centuria decimonónica el krausismo o la Institución, pero no se esconde ni pide disculpas para citar a Balmes, Donoso Cortés o Menéndez Pelayo. Una vocación de concordia (no se trata de concordismo) parece dominar los mecanismos de su discurso. El elemento unitivo de ese discurso pasa a ser, obviamente, el amor elemento unitivo en las cosas mismas. En la lección final de su docencia antes mentada encontró hueco para dar cita en su apoyo a dos testigos privilegiados de la fuerza vinculante del amor. Desarrollando, por cierto, ese tema cuenta sin ambages con la obra de A. Nygren, Eros y agápe, que tiene por imprescindible en su planteamiento, aunque venga de otra confesión religiosa, y aunque no dude en someterla a revisión. Aquellos dos testigos del amor fueron san Agustín y Dante. De este último dio por sabidos de todo el mundo y no necesitados de transcripción explícita los versos con los que acaba la Divina comedia:

«A l'alta fantasia qui mancò possa;
ma già volgeva il mio disio e'l velle,
sì come rota ch'igualmente è mossa,
l'Amor che move il sole e l'altre stelle».

De modo parecido aludió a la ley gravitatoria del amor que se contiene en el último libro de las Confesiones agustinianas (XIII, 10):

«Minus ordinata inquieta sunt: ordinantur et quiescunt. Pondus meum amor meus; eo feror, quocumque feror».

Despedimos aquí al profesor Rivera de Ventosa, que nos deja en lo que toca al ajetreo de los horarios, a las rutinas de los cursos, a los burocráticos ritmos de los días de entre semana. Pero conservamos la lección de su vida. Y esperamos se haga realidad lo que es formal promesa suya: la de ordenar los frutos de su reflexión madura en los estudios monográficos que desde décadas viene meditando; con lo que vemos su jubilación como fecha positiva.

DIRECCION